







Alberto Ries, Valencia... Servicio regular de vapores DIRECTOS

Aleras murcianas, rocosas, ptas., tartanas, vestidas y pintadas de 4 asientos 350 id. de 6, 400. Capuchinas 35

CALZADO de GOMA de la BOSTON RUBBER SHOE CO. El más elegante y más duradero que se fabrica. Indispensable en el invierno, contra la humedad y el barro.

LA UNIÓN EL FÉNIX ESPAÑOL COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS. Seguros contra incendios, seguros sobre la vida.

Almacén de Carbones del Barrio. Única defensa, esmero en los carbones y legalidad en los pesos.

AUTOMÓVILES de DION-BOUTON. LE GARAGE (Paris-Madrid). Exponerá en su establecimiento todos los modelos nuevos de coches de DION-BOUTON.

ANUNCIOS económicos por orden alfabético. A. P. SUAYER, Com. A. truyendaturadas acerbísimas y todas las operaciones las hace con dolor.

IMAGENES de talla. Gran surtido en todos tamaños. Gran Bazar Papelería Inglesa. Industriales, Altas, bajas, trasposos. Se asesora a los interesados. Saurín, 4, agencia de negocios.

Elaborada con leche pura de la Montaña (SANTANDER) y harinas ricas en fosfatos y diastasas naturales. Cura los VOMITOS y las DIARRREAS, curándolos a los pocos días.

GUANOS DEPOSITO de GUANOS y MATERIAS FERTILIZANTES HIJOS DE CLEMENTE GARCIA. CORVERA, 110 Y 112. FRENTE A LA ESTACION MURCIA.

LEGITIMA LEMAITRE. Fósforo natural orgánico asimilable. GRAGEAS y GRANULADO. El fósforo es la vida!!

Al querer trajes de caballeros, visiten ante todo a López Fernández, Platería, 31, que los realiza.

PRESTAMOS. Merced. Despacho hasta primeras horas de la noche. Plantones de morera se venden de tres verdos sin ingerir. Razón; Madre de Dios, 7, 2.

BLENORRAGIA. Aguda (purgaciones) crónica (gota militar) fijas, irritaciones, etc., en el hombre y en la mujer. SE CURAN SIEMPRE CON EL ANTIBLENORRÁGICO VILLAS MORENO.

Gran fábrica de mosaicos hidráulicos. ALMACEN de MATERIALES de CONSTRUCCION Salvador Monzó. Sociedad, 10. Murcia. Mosaicos desde 2'25 pesetas metro; cementos desde 1'50 pesetas saco; cal hidráulica a 1'25 id. id.; azulejos desde 15 pesetas ciento, y todos los demás artículos a precios económicos.

Cerveza Mahou REPRESENTANTE EN MURCIA EDUARDO MONTEVERDE. En el establecimiento de ACEITES DE OLIVA que acaba de abrirse con el epigrafe Los Andaluces.

Costurera de ropa blanca y de color para su casa y domicilio. Santa Cruz, 3. Carne ternera a pesetas kilo, con hueso; molla, 2'75; de falda y escalote, 1'60.—Verónicas, 5.

SE necesitan aprendiz de modista. Angel Guarao, 3. Se venden cinco tableros de marmol en color y una anaquelera de tienda con varios enseres de la misma. Para verla, calle de Pascual, 16.

ROGUERIA FARMACEUTICA E INDUSTRIAL DE Pardo y Compañía 6, PUXMARINA, 6. Productos químicos y farmacéuticos puros. Especialidades nacionales y extranjeras.

Compañía Valenciana de Navegación. Línea regular de grandes vapores entre España, Francia e Italia. BUQUES DE LA COMPAÑIA: Dénia, Martos, Grao, Cabanal, Játiva, Alcira y Sagunto.

HARINA LACTEADA para NIÑOS, CONVALESCENTES y ANCIANOS. NESTLE. Clínica privada DEL DR. CLAUDIO HERNÁNDEZ ROS. OPERACIONES QUIRÚRGICAS. Asistencia a los operados hasta su curación.

Folleto de EL LIBERAL (Murcia) (39) El valor de Pero Valiente se desvaneció como el de todos los matones al verse preso, y le reemplazó un terror servil. —Ne entiendo muy bien esto, Juan—dijo el Condestable sin descubrirse—pero has hecho bien; sal y busca los hombres que me acompañaban; están en la fuente; que traigan mi litera.

—En efecto, señor, y esto sucede con frecuencia. La mayor parte de las damas de Valladolid se proveen en mi casa de amuletos y hechizos. —Y eso será ciertamente para sus maridos, como esa doña Juana de Albornoz. —¿Qué! ¿La habéis conocido, señor? —Nada importa eso; pero oye: ¿de qué motín hablaba contigo ese hombre? —Lo ignoro de todo punto, señor. —Sin embargo, te hablaba de un lance del que pareciera haberte informado antes. —Me había dicho que se trataba de un golpe de mano... y como ese hombre es un bandido... —¿Oh! ¿Ese señor escudero, es un bandido...? Y lo del depósito? —¡Ah, señor! Un depósito de mi oficio... un muerto. —¿Cómo! ¿Un hombre asesinado?... —¿Qué! ¿No, señor! El cadáver de el ladrón que se ha ahorcado hoy. —Pero ese muerto te lo ha comprado el médico Cibdareal. —Voy a procurar explicar a vuestra señoría. Yo... descuelgo los cadáveres... y él me los compra... después los vende... este tráfico no lo puedo yo hacer a rostro descubierto, ni nadie vendría a tratar conmigo... me había dejado aquí el difunto para ir a ese lance que yo no conozco... y cree, sin duda porque ne ha conocido a la alta persona de vuestra señoría, que yo le he vendido a la justicia para apropiarme el muerto... Ese era el depósito de que hablaba. —Bien... bien...—dijo el Condestable meditabundo —lo que fuere sonará... ve y saca de la cueva a esa noble señora, y dile que el Condestable la suplica se deje ver. El verdugo abrió la compuerta, bajó y se escuchó su voz, que pronunciaba algunas rápidas palabras. Momentos después apareció doña Juana, y tras

ella el verdugo: el Condestable se había descubierto teniendo, sin embargo, cuidado de volver la espalda a la puerta. —¡Vos aquí también, señor!—dijo ella con dificultad, como avergonzada. —Yo, señora; yo aquí, yo en todas partes, porque en todas partes hay rebeldes y traidores. —Yo creía que aquí no había más que hechizos, sangre y cadáveres. —¡Oh! ¡Oh! ¿Conque es verdad lo del muerto? —Si dudáis, señor—dijo Juan de Villafraanca—ved por vuestros mismos ojos. Y señaló la compuerta, que había dejado abierta. El Condestable, por uno de esos movimientos que parecen hijos de una resolución súbita, adelantó hacia la oscura boca, bajó las escaleras y entró en un espacio excavado, irregular, húmedo; el cadáver del ajusticiado, lívido y desnudo, estaba tendido sobre la mesa, y la lámpara, colocada junto a él, le iluminaba de una manera dura, proyectando negras y opacas sombras en los ángulos de la cueva. Hay en el corazón humano un lugar guardado y recordado, que no se revela sino cuando se excita a la vista de las impresiones que le conmueven: el de la investigación de lo terrible. Don Alvaro sintió lleno de repente aquel vacío; se acercó como impulsado por la fatalidad al cadáver, y sus ojos, profundos y lípidos, posaron en aquel horrible despojo una mirada más que humana. —Morir morieris—murmuró hablando consigo mismo.—Este desdichado era joven; acaso ha dejado sobre la tierra una madre que le liore; ha luchado contra la ley de un reino, y la ley le ha arrojado, como un objeto podrido, al verdugo: el verdugo le arroja, como una mercancía, al médico; la ley ha cortado, y el médico despedazará para buscar los secretos de esa organización. ¡Bandido! El mundo te temía ayer y hoy te desprecia; acaso ni los que te temieron, ni los que te despreciaron, te han comprendido; acaso tú eres uno de esos hombres para quienes la lucha es preferible a la esclavitud, al trabajo forzado de los siervos y de los cobardes... yo también luché... yo también tengo contra mí pueblos enteros... mi puñal es el verdugo, y acaso como a tí, me llegué un día en que me vengas... ¡Oh! Entonces ese mismo verdugo se apoderará de mí, y acaso el mismo médico que destroza tus miembros, despedazará mi cráneo y mi corazón para buscar en él los misterios de mi vida... para arrojarnos a la historia... para manchar acaso ante la posteridad mi recuerdo... y no me comprenderán... porque yo mismo me siento ofuscado por el volcán que arde en mi cabeza; porque mi vista no alcanza a fundear el profundo abismo de mi corazón. Acaso debería yo saludarte, cadáver, como los gladiadores, al entrar en el circos, a los emperadores de Roma: ¡César, marituri te salutem! Fuése que la fiebre escandeciese la cabeza del Condestable a impulsos de las fuertes sensaciones que había recibido aquella noche, fuése por otra causa cualquiera; se despojó por un momento de la gorra, lanzó una mirada indescriptible al cadáver, subió rápidamente las escaleras y se volvió a doña Juana: su rostro resplandecía como una expresión satánica. —Seguidme, señora—la dijo, presentándola su brazo. Doña Juana se sintió dominada y se asió a él. —Tú espera: es inútil el orden de detención—dijo al verdugo, sacando de su escarcela un papel que había escrito en la habitación alta.—La ley necesita tu brazo y es justo mi corazón puede esperar. Dicho esto, salió con doña Juana, y el verdugo quedó solo y exclamó: —¡Tu ambición es antes que tu amor! El lobo deja la hembra por la sangre. ¡Bien, Condestable... bien!

hoy te desprecia; acaso ni los que te temieron, ni los que te despreciaron, te han comprendido; acaso tú eres uno de esos hombres para quienes la lucha es preferible a la esclavitud, al trabajo forzado de los siervos y de los cobardes... yo también luché... yo también tengo contra mí pueblos enteros... mi puñal es el verdugo, y acaso como a tí, me llegué un día en que me vengas... ¡Oh! Entonces ese mismo verdugo se apoderará de mí, y acaso el mismo médico que destroza tus miembros, despedazará mi cráneo y mi corazón para buscar en él los misterios de mi vida... para arrojarnos a la historia... para manchar acaso ante la posteridad mi recuerdo... y no me comprenderán... porque yo mismo me siento ofuscado por el volcán que arde en mi cabeza; porque mi vista no alcanza a fundear el profundo abismo de mi corazón. Acaso debería yo saludarte, cadáver, como los gladiadores, al entrar en el circos, a los emperadores de Roma: ¡César, marituri te salutem! Fuése que la fiebre escandeciese la cabeza del Condestable a impulsos de las fuertes sensaciones que había recibido aquella noche, fuése por otra causa cualquiera; se despojó por un momento de la gorra, lanzó una mirada indescriptible al cadáver, subió rápidamente las escaleras y se volvió a doña Juana: su rostro resplandecía como una expresión satánica. —Seguidme, señora—la dijo, presentándola su brazo. Doña Juana se sintió dominada y se asió a él. —Tú espera: es inútil el orden de detención—dijo al verdugo, sacando de su escarcela un papel que había escrito en la habitación alta.—La ley necesita tu brazo y es justo mi corazón puede esperar. Dicho esto, salió con doña Juana, y el verdugo quedó solo y exclamó: —¡Tu ambición es antes que tu amor! El lobo deja la hembra por la sangre. ¡Bien, Condestable... bien!

Espero... ¡El filo de mi espada está pronto!... Venadme lo que me dice ese indio. Juan sacó de la bolsa la carta que le habían entregado cuando salió a buscar las gentes del Condestable, y devoró su breve contenido: «Señor Juan—decía.—Vuestro hermano, que no puede escribir por sí mismo, me encarga que os diga que al momento que recibáis estas letras, toméis un azadón y os trasladéis al molino de la Cruz Maldita, en el bosque del Abrojo; una vez allí, cavad en el centro de la tercera sala que sirvió de dormitorio, el sitio en que hay una baldosa señalada con una cruz; sacad lo que encontréis, que será un cofre de hierro; rompelo y volved con lo que contenga a mi casa; si van a buscaros allí doña Judit de Sotomayor, el maestro de Calatrava y alguna otra persona, entregad a esa noble señora lo que hayáis sacado, si os presenta la mitad del selle cuya otra mitad va unida a esta carta. Abandonadme todo, y si por ello no podéis volver a vuestra casa, no volváis. Que os guarde Dios.—Roboam.» El mismo estremecimiento, la misma palidez que había conmovido al verdugo en su entrevista con su hermano, le dominaron a la lectura de esta carta. —¡Otra vez allí! ¡Después de veinte años! ¡Yo no pensaba volver! ¡Será lo que debo desenterrar el tesoro de mi hermano! ¡Ese tesoro que había excitado a un crimen a ese miserable Pero Valiente! ¡Que no vuelva aquí! ¡Acaso, ahora que reflexiono, me vera obligado a huir de todos modos! Ese infame bandido está en poder del Condestable, y sabe demasiado para que yo me crea seguro al alcance de su mano; pero que empieza para mí una nueva vida; ¡la vida de reneganzal. A vuelta de estas palabras el verdugo había tomado